Série 1.ª — 7 Septiembre 1891 — Número. 15

ESTUDIOS TEOSÓFICOS

Satyât Nâsti Paro Dharmah
NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

Para pedidos é informes dirigirse á la imprenta de estos Estudios Teosóficos

Ningún hombre que haya practicado el bien va á sitio malo alguno (después de la muerte.)

(Del *Bhagavad-Gita*.—VI.)

DIÁLOGO

Acerca de la Constitución del Hombre Interno y su División

POR

H. P. BLAVATSKY.

II

(H. P. B.) Por supuesto, es sumamente difícil, y, como dice V., «confunde» en alto grado, el comprender correctamente y establecer la distinción entre los varios *aspectos*, llamados por nosotros los «principios» el EGO real. Es tanto más así, desde el momento en que existe una notable diferencia entre la manera de contar estos principios por las distintas escuelas orientales, aunque en el fondo, el substratum de la enseñanza es el mismo en todas ellas.

(P.) Se refiere V. á los Vedantinos. ¿Ellos dividen nuestros siete «principios» en cinco únicamente, según creo?

(H. P. B.) Así es; pero, aunque no tengo la pretensión de discutir el punto con un sabio Vedantino, puedo sin embargo sentar, como mi opinión particular, que poseen para ello una razón obvia. Para ellos, es únicamente aquel compuesto ó agregado de elementos más ó menos espirituales que consiste en aspectos mentales diversos, lo que es llamado *Hombre* después de todo, siendo el cuerpo físico, según ellos, sólo digno de desprecio, y una *ilusión* puramente. Ni es la Vedanta la única filosofía que cuenta de esta manera. Lao-Tze en su *Tao-te-king*, menciona únicamente cinco principios, porque él, lo mismo que los Vedantinos, omite el incluir dos principios, á saber: el espíritu (Atma) y el cuerpo físico, llamando además al último «el cadáver». Tenemos además la Escuela *Taraka Rajà-Yogà*. Sus enseñanzas reconocen únicamente y de hecho tres «principios»; pero en este caso, en realidad, su *Sthulopadi*, ó sea el cuerpo físico en su *jagrata* ó estado consciente despierto; *Sukshnopadhi*, el cuerpo en *svapna*, ó el estado de sueño, y su *Karanopadhi* ó «cuerpo causal», ó aquello que pasa de una encarnación á otra; son todos dobles en su aspectos, y vienen á ser por lo tanto, seis. Añádase á ésto Atma, el impersonal y divino principio ó el inmortal elemento en el hombre, indistinguible del Espíritu Universal, y se encontrará V. con los mismos siete otra vez, como en la división esotérica. (1)

(P.) Entonces me parece casi lo mismo que la división hecha por los místicos Cristianos: cuerpo, alma y espíritu.

(H. P. B.) Justamente la misma. Con facilidad podemos hacer del cuerpo el vehículo del «Doble vital»; de este último el vehículo de Vida ó *Prana*; de *Kamarupa* ó alma (animal), el vehículo de la inteligencia *superior* é *inferior*, y constituir con lo anterior seis principios, coronando el todo con el espíritu inmortal. En Ocultismo, cada uno de los cambios calificativos en el estado de nuestra conciencia concede al hombre un nuevo aspecto, y si prevalece y se convierte en parte del EGO activo y viviente, se le debe dar y se le da un nombre especial, para distinguir al hombre en aquel estado particular, de lo que el mismo es, cuando se encuentra en otro estado.

(P.) Esto precisamente es lo que tan difícil es de comprender.

(H. P. B.) Me parece, por el contrario, muy fácil, desde el momento en que se ha hecho V. cargo de la idea principal, ó sea, de que el hombre obra en este ó en otro plano de conciencia, estrictamente de acuerdo con su con-

(1) Véase la *Doctrina Secreta* para una explicación más clara

dición espiritual y mental. Pero es tal el materialismo de la época que cuanto más lo explicamos, menos capaz de comprender lo que decimos parece ser la gente. Divida V. al sér terrestre, llamado hombre, en tres aspectos principales, si V. gusta; pues es lo menos que puede V. hacer, á menos de considerarle como á un mero animal. Tomemos su *cuerpo* objetivo: el principio sensitivo en él, el cual es sólo un poco más elevado que el elemento *instintivo* en el animal, ó el alma vital elementaria; y aquello que le coloca tan por encima y á una distancia tan incalculable del animal, ó sea su alma *raciocinadora* ó «espíritu». Ahora bien: si tomamos estos tres grupos ó entidades, y las subdividimos según la enseñanza oculta, ¿qué es lo que nos encontramos?

Lo primero de todo el Espíritu (en el sentido del Absoluto, y por lo tanto del indivisible TODO) ó Atma. Como en filosofía, éste no puede ser ni colocado ni condicionado, siendo sencillamente aquello que ES, en la Eternidad, que como el TODO no puede estar ausente ni siquiera del punto geométrico ó matemático más diminuto del Universo de materia ó substancia, no debe á la verdad ser llamado, después de todo, un principio «humano». Es más bien: y todo lo más, aquel punto en el Espacio metafísico que la Mónada y su vehículo, el hombre, ocupan durante el período de cada vida. Ahora bien: aquel punto es tan imaginario como el hombre mismo, y es en realidad una ilusión, un *maya*; pero para nosotros, así como para otros Egos personales, como somos una realidad durante aquella pasagera ilusión llamada vida, tenemos que tenernos nosotros mismos en cuenta, en nuestra propia imaginación, sea como quiera. Para hacerlo más concebible á la humana inteligencia, cuando por vez primera intenta el estudio del Ocultismo, y procura resolver el A. B. C. del misterio del hombre, el Ocultismo considera á *Atma* como el *séptimo* principio, y como á la síntesis de los *seis*, y le da como vehículo el *Alma espiritual*, ***Buddhi***. Ahora bien: esta última oculta un misterio, que no es jamás descubierto á nadie más que á *chelas* irrevocablemente juramentados, á aquellos, en resumen, á los cuales puede con toda seguridad ser confiado. Por supuesto, existiría mucha menos confusión si pudiese ser dicho; pero, como está directamente relacionado con la facultad de proyectar el *doble* de uno conscientemente y á voluntad, y como este don, á manera del «anillo de Gyges», podría resultar fatal para los hombres en general, y para el poseedor de aquella facultad en particular, es cuidadosamente guardado. A los Adeptos, tan sólo, que han sido probados y á los cuales jamás se ha encontrado en descubierto, á ellos únicamente les es por completo divulgada la clave del misterio...

Evitemos, sin embargo, las divagaciones, y sigamos con los «principios». Esta Alma Divina ó Buddhi, pues, es el vehículo del Espíritu. En conjunción estos dos son uno, impersonal, y sin atributos (en este plano, por supuesto), y constituyen dos «principios» espirituales. Si pasamos al Alma *Humana (manas*, la *mens*,) convendrá todo el mundo en que la inteligencia del hombre es *doble*, por lo menos: el hombre de una elevada inteligencia puede difícilmente descender á los planos inferiores de la misma; y al hombre inteligente y espiritual le separa un abismo del obtuso, estúpido y material, por no decir del hombre animal. ¿Porqué, pues, no han de ser estos hombres representados por dos «principios,» ó más bien por dos aspectos? Cada hombre posee en si mismo estos dos principios, uno de ellos más activo que el otró, y en raros casos uno de los dos se halla completamente detenido en su desarrollo; paralizado, por decirlo así, por la fuerza y predominio del otro *aspecto* durante la vida del hombre. Estos, pues, son los que denominamos los dos principios ó aspectos del *Manas*, el superior y el inferior; el Manas superior, ó sea el EGO pensador y consciente que gravita en direccion del Alma Espíritual (Buddhi): y el segundo ó sea su principio instintivo atraído á *Kama*, el asiento de los deseos y pasiones animalesen el hombre. Así es que tenemos *cuatro* «principios» justificados: siendo los últimos tres: 1 °el «Doble», al cual hemos convenido en llamar Protéico ó Alma Plástica; el vehículo del 2°, ó sea el principio *vital*; y 3.° el cuerpo físico. Por supuesto, ningún fisiólogo ó biologista aceptará estos principios ni podrá encontrarles razón de ser. Y esta la causa, quizás, de que ninguno de ellos comprenda hoy día ó bien las funciones del bazo, el vehículo fisico del Doble Protéico, ó las de un cierto órgano situado en el lado derecho del hombre, el asiento de los deseos anteriormente mencionados, y de que nada sepan acerca de las funciones de la glándula pineal, á la cual describen como una verruga cornuda con un poco de arena en su interior, y que es la verdadara clave de la más elevada y divina conciencia en el hombre, su mente omnisciente, espiritual y que todo lo abarca. Este apéndice, al parecer inútil, es el péndulo del reloj del hombre interno, el péndulo que una vez en movimiento, por la cuerda dada al reloj, conduce la visión espiritual del EGO á los más altos planos de percepción, en donde el horizonte que ante la vista se descubre, se convierte casi en infinito.....

(P.) Pero los sabios materialistas aseguran que después de la muerte del hombre nada queda; que el cuerpo humano simplemente se desintegra en sus elementos componentes, y que aquello á lo que damos el nombre de alma, es meramente una conciencia de si mismo producida á manera de un

producto de acción orgánica, la cual se desvanecerá como si fuese vapor ¿No es acaso un extraño estado mental el suyo?

(H. P. B.) No lo es, después de todo, según mi opinión. Si dicen ellos que la conciencia propia cesa con el cuerpo, en *su* caso, pronuncian inconscientemente una profecía. Porque desde el momento en que están firmemente convencidos de lo que aseguran, no es posible para ellos en manera alguna la vida consciente después de la tumba.

(P.) Pero si, en general, la humana conciencia de si mismo sobrevive á la muerte; ¿porqué deben tener lugar escepciones?

(H. P. B.) En las leyes fundamentales del mundo espiritual, las cuales son inmutables, ninguna escepción es posible. Pero existen reglas para aquellos que ven y reglas para los que prefieren permanecer ciegos.

(P.) Lo comprendo perfectamente. Es una aberración en un ciego el negar la existencia del sol porque no le ve. Pero ¿después de la muerte, seguramente sus ojos espirituales le obligarán á ver?

(H. P. B.) Ni le obligarán á ver, ni verá nada, habiendo persistentemente negado una vida futura después de la muerte, durante su vida actual, será incapaz de sentirla. Habiendo sido detenidos en su desarrollo sus sentidos espirituales, no pueden desenvolverse después de la muerte, y por lo tanto permanecerá ciego. Pero al insistir en que *debe* ver, evidentemente quiere V. decir una cosa, y yo otra. V. habla del espíritu del Espíritu, de la llama de la Llama, de Atma, en una palabra, y V. le confunde con el alma humana, Manas..... Permítame V. aclarar los conceptos, pues no me comprende V. bien. El punto crítico de su pregunta de V. es saber si, en el caso de un materialista en toda la extensión de la palabra, es posible la pérdida completa de la conciencia de sí mismo, y la propia percepción después de la muerte. ¿No es esto? Y yo contesto: Es posible. Porque, creyendo firmemente en nuestra Doctrina Esotérica, la cual al referirse al periodo *post-mortem*, ó al intérvalo entre dos actos de un drama ilusorio de vida, lo considera como un estado meramente transitorio, digo yo: Sea que el intervalo entre dos actos de un drama ilusorio de vida dure un año ó un millón de años, aquel estado *post-mortem* puede, sin el menor quebrantamiento de la ley fundamental, demostrarse que es justamente el mismo estado en que se encuentra un hombre sumido en mortal síncope.

(P.) Pero desde el momento en que ha dicho V. justamente que las eyes fundamentales del estado *post-mortem* no admiten escepciones, ¿cómo puede suceder esto?

(H. P. B.) Ni digo yo ahora que existan escepciones en ellas. Pero la ley

de continuidad espiritual se aplica sólo á cosas que son verdaderamente reales. Para uno que haya leído y comprendido la *Mundakya Upanishad* y *Vedanta-Sara*, todo es muy claro. Diré más: basta comprender lo que queremos significar por Buddhi y por la dualidad de Manas, para percibir con claridad el porque el materialista no puede sobrevivir á su muerte en un estado consciente de si mismo; puesto que Manas, en su aspecto inferior, es el asiento de la inteligencia terrestre, y, por lo tanto, no puede dar lugar á más percepción del Universo que á la que se funda en la evidencia de aquella mente, y no en nuestra visión espiritual.

En nuestra Escuela Esotérica se dice, que entre Buddhi y Manas, ó Iswara y Pragna, (1) no existe en realidad más diferencia que *entre una selva y sus árboles, ó la que entre un lago y sus aguas tiene lugar*, como justamente enseña el *Mundakya*. El que falte uno, ó un centenar de árboles por haber muerto ó por haber sido arrancados, no impide al bosque que continue siendo un bosque. La destrucción ó muérte, *post-mortem,* de una personalidad borrada de la larga série de las mismas no será causa de que tenga lugar el menor cambio en el *Ego* Espiritual y Divino, y éste continuará siendo siempre el mismo EGO. Solamente que en lugar de ir á *Devachan*, se reencarnará enseguida.

(P.) Pero, tal como yo lo entiendo, Ego-Buddhi representa en este ejemplo la selva, y las mentes personales los árboles. Y si Buddhi es inmortal, ¿cómo puede aquello que es semejante á él ó sea *Manas Taijasi* (2), perder por completo su conciencia hasta el día de su nueva encarnación? No puedo comprenderlo.

(H. P. B.) No puede V., porque se empeña en confundir una representación abstracto del todo, con sus cambios de forma casuales; y porque confunde V á *Manas Taijasi*, ó sea el alma humana iluminada por Buddhi con la misma alma humana animalizada. Tenga V. presente que, si bien puede decirse respecto de Buddhi que es inmortal incondicionalmente, no puede decirse lo mismo de Manas, y menos de *taijasi*, el cual es sólo un atributo. Aparte de Buddhi, el alma divina, no puede existir conciencia, *post-mortem* ninguna ó *Manas taijasi*, porque Manas en su aspecto inferior

(1) Iswara es la conciencia colectiva de Brahmà, la deidad manifestada, ó sea la conciencia colectiva de la Hueste de Dhyan-Choans; y Pragna es su Sabiduría individual.

(2) *Taijasi* significa el radiante, á consecuencia de la unión de Manas con Buddhi, el alma humana iluminada por la radiación; del alma divina. Por lo tanto, Manas-taijasi puede describirse como mente radiante; la razon humana iluminada por la luz del espiritu: y Buddhi-Manas es la representación de lo *divino, más* la inteligencia humana y la conciencia de si mismo.

es un atributo propio de la personalidad terrestre, y *taijasi* es el mismo Manas solo con la luz de Buddhi que en él se refleja. A su vez, Buddhi permanecería en estado de espíritu impersonal, sin este elemento que toma del alma humana, el cual le da condiciones, y hace que en este Universo ilusorio figure *como si fuese algo que está separado* del alma universal durante el período completo del ciclo de encarnación. Valdría más decir que *Buddhi-Manas* no pueden ni morir ni perder su conciencia propia y colectiva en la Eternidad, ó sea que el alma humana y la espiritual han sido íntimamente unidas. Pero no es esto lo que sucede en el caso de un materialista, cuya alma humana no sólo no recibe nada del alma divina, sino que rehusa además reconocer su existencia.

Dificilmente podría V. aplicar este axioma á los atributos y calificaciones del alma humana, porque equivaldría á decir que, á causa de ser su alma divina inmortal, también tenía que serlo el color sonrosado de sus megillas de V., mientras que este color sonrosado, á manera de taijasi ó radiación espiritual, es sencillamente un fenómeno transitorio.

(P.) ¿La comprendo á V. si digo que no debemos confundir en nuestras mentes el noumeno con el fenómeno, la causa con el efecto?

(H. P. B.) Digo y repito que, limitada á Manas ó al alma humana solamente, la misma radiación de Taijasí se convierte en una mera cuestión de tiempó; porque ambas, tanto la inmortalidad como la conciencia *post-mortem*, conviértense simplemente para la personalidad terrestre del hombre en atributos condicionados, pues dependen por completo de condiciones y creencias creadas por la misma alma humana durante la vida de su cuerpo. Karma obra de un modo incesante: nosotros recogemos en nuestra *vida futura* únicamente el fruto de lo que hemos nosotros mismos sembrado, ó más bien creado durante nuestra existencia terrestre.

(P.) Pero si después de la destrucción de mi cuerpo, puede mi Ego quedar sumido en un estado de completa inconciencia, ¿en dónde está entonces el castigo de los pecados de mi vida pasada?

(H, P. B.) Nuestra filosofía enseña que los castigos Kármicos alcanzan al Ego únicamente en su próxima encarnación. Después de la muerte recibe sólo el premio á que se ha hecho acreedor por los sufrimientos inmerecidos que ha esperimentado durante su existencia pasada. (1)

---

(1) Algunos Teosofistas han considerado esta frase como una escepción, pero las palabras son las de los Maestros, y la significación de la palabra «inmerecidos» es la dada anteriormente. En el folleto 6 (T. P. S.) se hizo uso de una frase, que fué criticada después en Lucifer, la cual tenía por objeto espresar la misma idea. Su forma era defectuosa, y daba motivo á la crítica de que fué obje-

Ele ntero castigo después de la muerte, hasta para el materialista, consiste por lo tanto en la ausencia de premio alguno, y en la pérdida completa de la conciencia de la propia felicidad y reposo. Karma, es el hijo del Ego terrestre, tanto el fruto de las acciones del árbol que es la personalidad objetiva visible á todos, como el fruto también de todos los pensamientos y hasta de los motivos del «Yo» espiritual; pero también es Karma la tierna madre que cura las heridas causadas por ella en la vida precedente, antes de que empiece de nuevo á torturar á su Ego, causándoselas nuevas. Puede decirse que no existe en la vida de un mortal ni un solo sufrimiento mental ó físico que no sea fruto y consecuencia de algún pecado en esta ó en una existencia precedente; y por otra parte, desde el momento en que no conserva el más ligero recuerdo de ello en su vida actual, y no se siente merecedor del castigo, sino que cree sinceramente que sufre sin ninguna culpa, esto solo es suficiente por completo para que el alma humana posea títulos que le concedan derecho á un consuelo perfecto, y al reposo y bienaventuranza durante su existencia *post mortem*. La muerte llega siempre á manera de libertador y de amigo para nuestros principios espirituales. Para el materialista que, no obstante su materialismo, no ha sido un hombre malo, el intérvalo entre las dos vidas transcurrirá á manera del sueño interrumpido y plácido de un niño; ó bien por completo sin ensueños, ó con imágenes acerca de las cuales no tendrá ninguna percepción definida. Para el creyente será un sueño tan vívido como la vida y lleno de bienaventuranza real y de visiones. En cuanto al hombre malo y cruel, sea ó no un materialista, renacerá inmediatamente, y sufrirá su infierno en la tierra. El entrar en *Avitchi* es una ocurrencia rara y escepcional.

(P.) Si mal no recuerdo, las encarnaciones periódicas de Sutratma (1) son comparadas en algún Upanishad á la vida mortal que oscila periódicamente entre el sueño y el despertar. Esto no me resulta muy claro, y le di-

---

to; pero la idea esencial de la misma era que los hombres sufren con frecuencia los efectos de acciones de otros, efectos que, por lo tanto, no pertenecen estrictamente á su propio Karma, sino al de otras personas, y por supuesto, merecen una compensación por estos sufrimientos. Si bien el decir que todo cuanto nos sucede no es mas que Karma, es verdad, ó sea, el efecto directo ó indirecto de una causa, sería un gran error pensar, que todo lo bueno ó lo malo que nos sucede, es debido *únicamente* á *nuestro* própio Karma personal. (Véase más adelante).

(1) Nuestro principio inmortal y que se reencarna en unión con los recuerdos Manásicos de las vidas precedentes, es llamado Sutratma, el cual significa literalmente el Alma-Hilo: porque en el están engarzadas las flores de las vidas humanas, á manera de perlas, Manas tiene que convertirse en *Taijasi* el radiante, antes de que, á manera de una perla, pueda colgar de Sutratma, y poseer así, en la eternidad la plena y absoluta percepción de si mismo. Como se ha dicho antes, la asociación en esceso íntima del alma humana con la mente terrestre, es causa de que la radiación se pierda por completo.

ré á V. porque. Para el hombre que despierta, comienza otro día, pero aquel hombre es el mismo en alma y cuerpo que era el día antes; mientras que á cada nueva encarnación tiene lugar un cambio completo, no sólo en lo referente á su envoltura esterior, sexo y personalidad, sino que hasta en sus capacidades mentales y psíquicas. Así es que la comparación no me parece correcta por completo. El hombre que se levanta de dormir, recuerda por completo lo que ha hecho durante el día anterior, y meses y años antes. Pero ninguno de nosotros posee el más ligero recuerdo de una vida precedente ó de ningún hecho ó suceso relacionado con la misma..... Yo puedo olvidar por la mañana lo que he soñado durante la noche, sin embargo, sé que he dormido, y poseo la evidencia de que he vivido durante el sueño; pero, ¿qué recuerdo tengo de mi encarnación pasada? ¿Cómo reconcilia V. esto?

(H. P. B.) Sin embargo, algunas personas recuerdan sus encarnaciones pasadas. Esto es lo que los Arhats llaman Samma-Sambuddha, ó el conocimiento de la completa série de encarnaciones pasadas de uno.

(P.) Pero nosotros, mortales vulgares que no hemos alcanzado el Samma-Sambudda, ¿cómo podemos esperar comprender la comparación?

(H. P. B.) Estudiando y procurando comprender más correctamente las características de los tres estados de sueño. El sueño es una ley general é inmutable, tanto para el hombre como para el animal, pero existen diferentes especies de sueño y todavía una mayor variedad en lo que á sueños y visiones se refiere.

(P.) Asi es justamente. Pero esto nos aparta de nuestro asunto. Volvamos al materialista, que no negando los sueños, cosa que dificimente podría hacer, niega sin embargo la inmortalidad en general, y especialmente la supervivencia de su propia individualidad.

(H. P. B.) Y el materialista tiene razón, por una vez al menos; desde el momento en que para uno que carece de percepción interna y de fé, no hay inmortalidad posible. Para vivir conscientemente en el mundo futuro, tiene uno que creer ante todo en aquella vida durante su existencia terrestre. Toda la filosofía acerca de la conciencia *post-mortem* y de la inmortalidad del alma, está constituída sobre estos dos aforismos de la Ciencia Secreta. El Ego recibe siempre lo que se merece. Después de la disolución del cuerpo, comienza para él, ó bien un periodo de plena y clara conciencia, o un estado de sueños caóticos, ó un sueño desprovisto por completo de ensueños, que no se distingue de la aniquilación; y estos son los tres estados de conciencia. Nuestros fisiólogos encuentran la causa de los sueños y visio-

nes en la preparación inconsciente para los mismos durante las horas de vigilia ¿porqué no puede admitirse lo mismo en lo que se refiere á los sueños *post mortem*? Lo repito: la *muerte es sueño*. Después de la muerte comienza ante los ojos espirituales del alma una representación escénica sujeta á un programa aprendido y compuesto con mucha frecuencia inconscientemente por nosotros mismos: la realización práctica de creencias *correctas* ó de ilusiones á las cuales nosotros mismos hemos dado origen. Un Metodista será un Metodista, un Musulmán un Musulmán, durante un cierto tiempo, por supuesto, en un perfecto paraiso de bobos, creación de la fantasía de cada uno de los hombres. Estos son los frutos *post-mortem* del árbol de la vida. Naturalmente, el que creamos ó no creamos en el hecho de la inmortalidad consciente es incapaz de influir en la realidad incondicional del hecho mismo, desde el momento en que existe; pero la creencia ó la no creencia en aquella inmortalidad, como la continuación ó aniquilación de entidades separadas, no puede menos de dar un color característico á aquel hecho en su aplicación á cada una de estas entidades. ¿Empieza V. ahora á comprender la cosa?

(P.) Me parece que si. El materialista, no creyendo en nada que no pueda demostrarse por sus cincosentidos ó por el razonamiento científico, despreciando toda manifestación espiritual, acepta la vida como la única existencia consciente. Por lo tanto, lo que le sucederá estará en harmonía con sus creencias. Perderá su Ego personal, y quedará sumido en un sueño sin ensueños hasta que despierte de nuevo. ¿No es eso?

(H. P. B.) Casi. Recuerde V. la enseñanza universal y esotérica acerca de las dos especies de existencia consciente: la terrestre y la espiritual. Esta última debe ser considerada real, puesto que constituye, por decirlo así, la región de la eterna, inmutable é inmortal causa de todo; mientras que el Ego que se encarna se reviste de nuevas vestiduras diferentes por completo de las de sus encarnaciones previas, y en las cuales, todo, excepto su espiritual prototipo, está condenado á cambiar tan radicalmente como para no dejar la menor traza trás de sí.

(P.) Deténgase V...! ¿Puede perecer la conciencia de mis *Egos* terrestres, no solamente durante un tiempo, á manera de la conciencia del materialista, sino que en todo caso de un modo tan completo que no deje traza ninguna?

(H. P. B.) Según la enseñanza debe perecer todo por completo, menos aquel principio que habiéndose unido con la Mónada, se ha convertido, por lo tanto, en una esencia puramente espiritual é indestructible, una con ella

en la Eternidad. Pero en el caso de un materialista empedernido en cuyo «Yo» personal ningún Buddhi se ha reflejado jamás, ¿cómo puede este último arrebatar al seno del Infinito, llevándosela consigo, una partícula tan sólo de aquella personalidad terrena? Su «Yo» espiritual de V. es inmortal; pero su personalidad actual, no puede llevarse á la vida futura más que aquello que se ha hecho digno de la inmortalidad, ó sea, el aroma tan sólo de la flor que ha sido cortada por la muerte.

(P.) Bien, ¿y la flor, y el «Yo» terrestre?

(H. P. B.) La flor, lo mismo que todas las flores pasadas y futuras que han florecido y muerto, y que florecerán de nuevo en la rama madre, *Sutratma*, hijas todas de una raiz, ó Buddhi, volverán al polvo. Su "Yo" actual de V., como V. mismo sabe, no es el cuerpo que en la actualidad permanece sentado ante mi, ni es tampoco lo que yo llamaría Manas Sutratma sino Sutratma Buddhi.

(P.) Pero esto no me esplica, después de todo, el porque llama V. á la vida después de la muerte inmortal, infinita y real, y á la vida terrestre una simple fantasmagoría ó ilusión; desde el momento en que la misma vida *post-mortem* tiene sus límites, por mucho más amplios que sean, comparados con la vida terrestre.

(H. P. B.) El Ego espiritual del hombre se mueve en la Eternidad á manera de un péndulo entre las horas de la vida y las horas de la muerte. Pero si estas horas que marcan los períodos de las vidas terrestre y espiritual son limitadas en su duración, y si el número mismo de semejantes planosde conciencia existentes enla Eternidad entre los estados de sueño y de vigilia, de ilusión y de realidad, tiene su principio y su fin, por otra parte el "Peregrino" espiritual es eterno. Por lo tanto, las horas de su vida *post mortem*, (cuando desencarnado permanece faz á faz ante la verdad y no ante el espejismo de sus existencias terrenas y transitorias, durante el período de aquella peregrinación al cual llamamos «el ciclo de renacimientos») son la única realidad en nuestra concepción. Semejantes intérvalos, no obstante su limitación, no impiden al Ego el que, al mismo tiempo que sigue perfeccionándose, prosiga sin perder de vista la meta, recorriendo aunque gradual y lentamente, el sendero que á su última transformación conduce, cuando aquel Ego, habiendo alcanzado su objetivo, se convierte en el TODO divino. Estos intérvalos y planos son un auxilio para lograr este resultado final, en lugar de impedirlo; y sin semejantes intérvalos limitados el Ego divino jamás podría lograr su premio final.

Este Ego es el actor, y sus numerosas y variadas encarnaciones son los

papeles que representa. ¿Llamaremos á estos últimos con sus trages la individualidad del mismo actor? A manera de aquel actor, el Ego se ve obligado á representar durante el Ciclo de Necesidad, hasta los umbrales mismos del *Para nirvana*, muchos papeles, por desagradables que sean para él. Pero, así como la abeja recoge la miel de cada flor, abandonando lo demás de la misma á los gusanos de la tierra, del mismo modo procede nuestra individualidad espiritual, llámesele Sutratma ó Ego. Toma de cada una de las personalidades terrestres en las cuales es obligada á encarnarse por Karma, el néctar tan sólo de las cualidades espirituales y de la propia conciencia, y uniendo á todas estas en un todo, brota de su crisálida como el Dhyan-Chohan glorioso. Si ha residido en personalidades terrestres de las cuales nada ha cosechado, tanto peor para las mismas. Semejantes personalidades no pueden con toda seguridad sobrevivir conscientemente á su existencia terrestre.

(P.) Así pues, á lo que parece, la inmortalidad es condicional para la personalidad terrestre. ¿Es, pues, la inmortalidad misma *no* incondicional?.

(H. P. B.) No, después de todo. Pero no puede ponerse en contacto con lo *no-existente*. Para todo aquello que existe como SAT, siempre aspirando á SAT, la inmortalidad y la Eternidad son absolutas. La materia es el polo opuesto del espíritu, y sin embargo, los dos son uno. La esencia de todo esto, ó sea: Espiritu, Fuerza y Materia, ó los tres en uno, asi como carece de principio, también carece de fin; pero la forma adquirida por esta triple unidad durante sus encarnaciones, su aspecto externo, es ciertamente sólo la ilusión de nuestras concepciones personales. Por lo tanto, solamente llamamos nosotros una realidad á la vida de ultra-tumba, relegando la vida terrestre con su personalidad terrena al reino fantástico de la ilusión.

(P.) Pero, ¿porqué en un caso tal no llaman al sueño la realidad, y al despertar la ilusión, en lugar de lo contrario?

(H. P. B.) Porque empleamos una espresión cuyo objeto es facilitar la compresión del asunto, y desde el punto de vista de las concepciones terrestres, es muy correcta.

(P.) Sin embargo, yo no acierto á comprender. Si la vida futura está fundada en la justicia y en la merecida retribución de todos nuestros sufrimientos terrestres ¿cómo es que tratándose de materialistas, muchos de los cuales son muy honrados y caritativos, no tienén que quedar de sus personalidades más que los restos de una flor marchita?

(H. P. B.) Nadie ha dicho jamás una cosa semejante. Ningún materialista, si es un hombre bueno, por incrédulo que sea, puede morir para siem-

pre en la plenitud de su individualidad espiritual. Lo que se ha dicho es, que la conciencia de una vida puede desaparecer en parte ó por completo; en el caso de un verdadero materialista, ningún vestigio de aquella personalidad que no creía queda en la série de vidas.

(P). Pero ¿no es esto, acaso, la aniquilación del Ego?

(H. P B.) No, por cierto. Puede uno dormir profundamente durante un largo viaje en ferrocarril, pasar por una ó varias estaciones, sin darse de ello la menor cuenta, y, despertando en otra estación, continuar el viaje haciéndose ya cargo, y recordando los demás puntos de parada hasta la conclusión del viaje. De tres clases de sueño le he hecho mención á V: el sin ensueños, el caótico, y aquel tan real que los sueños se convierten en verdaderas realidades para el durmiente. Si cree V. en este último ¿porqué no ha de creer V. en el primero? El estado de uno después de la muerte, depende de lo que uno ha creído y esperado en cuanto al mismo. Para aquel que no ha esperado ninguna vida futura, el intérvalo entre los dos renacimientos será un estado de anonadamiento absoluto, equivalente á la aniquilación.

Esto es justamente la realización práctica del programa del cual hemos hablado, y que el mismo materialista crea. Pero, como dice V., existen varias clases de materialistas. Un egoista malvado, uno que jamás haya derramado una lágrima por nadie más que por sí mismo, añadiendo á su incredulidad una completa indiferencia hácia el mundo entero tiene que perder su personalidad para siempre, al encontrarse en los umbrales de la muerte. Como esta personalidad carece de toda simpatía hácia lo que la rodea, y por lo tanto, nada hay en ella que pueda engarzarse en el hilo Sutratma; toda conexión entre los dos queda rota con el último aliento. No existiendo Devachan ninguno para un materialista semejante, Sutratma se reencarnará casi inmediatamente. Pero aquellos materialistas cuya culpa ha sido sólo su incredulidad, sólo pasarán por alto una estación. Además, llegará el tiempo en que el ex-materialista se percibirá á si mismo en la Eternidad y quizás se arrepienta de la pérdida de un día, ó de una estación, de las de la vida eterna.

(P.) Sin embargo, ¿no sería más correcto el decir que la muerte es un nacimiento en una nueva vida, ó volver una vez más á los umbrales de la Eternidad?

(H. P. B.) No hay inconveniente, si le parece á V. mejor. Tenga V. presente, tan sólo, que los nacimientos difieren, y que tienen lugar nacimientos de «séres muertos», los cuales son *fracasos*. Aemás, con vuestras ideas occidentales y cristalizadas acerca de la vida material, las palabras

«viviendo y «ser», son por completo inaplicables al estado puro y subjetivo de la existencia *post-mortem*. Es justamente á causa de semejantes ideas, escepto en unos pocos filósofos que no son leídos por la mayoría, y que están ellos mismos en esceso confusos para poder presentar una pintura distinta y clara de la cuestión, el que todas vuestras concepciones referentes á la vida y á la muerte hayan llegado á ser finalmente tan mezquinas. Por una parte han dado origen al materialismo grosero, y por otra, á la concepción todavía más material de la otra vida formulada por los Espiritistas. Según ésta, en el otro mundo los hombres comen, beben y se casan, pues viven en un paraiso tan sensual como el de Mahoma, si bien menos filósofico. Y no son, en general, superiores las concepciones de la masa ignorante Cristiana, pues son todavía mas materiales, si es posible. Angeles sin cuerpo, trompetas, arpas doradas, calles en ciudades paradisíacas empedradas de piedras preciosas, fuegos infernales, todo esto parece una escena propia de una pantomima de Navidad. Estas miserables concepciones son las que tienen la culpa de que comprenda V. con tanta dificultad. Y es también justamente, á causa de que la vida del alma desencarnada, cuando posee toda la vividez de la realidad, como sucede en ciertos sueños, está desprovista de cada una de las formas groseramente objetivas de la vida terrestre; por esta razón los filósofos orientales la han comparado con las visiones que tienen lugar durante el sueño.

(Trad. del n.° 17 del *LUCIFER*.)

Jati - Panchakam. (1)

1. Aquellos hombres que se complacen siempre en las enseñanzas de la Vedanta, que se contentan con lo poco que recojen de limosna, que andan vagando con sus corazones libres de todo sentimiento de tristeza, son los

(1) Cinco *Stanzas* de Sri Sankaracharya, traducidas del Sanscrito por Kanai Lal Banergi, Secretario de la Rama Teosófica del Berhampore (India), y publicados en inglés, el n.° 5 del *«Oriental Department»* (Sección Americana de la S. T.)

más afortunados y felices en el mundo, á pesar de que por todo traje no tengan más que un Kaupin (trapo para cubrir sólo lo necesario.)

2. Aquellos hombres cuyo único abrigo se encuentra bajo un árbol, y cuyas manos no andan ocupadas procurándose el alimento, que abandonan la riqueza, como si fuera un andrajo (Kantha), son los más afortunados y felices, á pesar de que no lleven más que un Kaupin.

3. Aquellos hombres que están todos contentos y son de un espíritu placentero, y cuyos Indriyas (sentidos y pasiones) se han calmado y tranquilizado por completo, que de dia y de noche tienen sus delicias en la meditación del Brahma Supremo, son los más afortunados y felices, á pesar de que no lleven más que un Kaupin.

4. Aquellos hombres que han cesado de identificarse á sí mismos con sus personalidades físicas, y que ven en sí mismos al real MISMO, y que no llevan á sus recuerdos nada interno, externo ó intermedio, ó sea, que se han libertado por completo de las impresiones de todo Vishaya (objeto de los sentidos,) son los más afortunados y felices, aunque no lleven más que un Kaupin.

5 Aquellos hombres que constantemente repiten el Pranava purificador (OM), que siempre piensan en sí mismos como uno con Brahma, y que sin preocupación ninguna por el mañana, vagan por este mundo, viviendo sólo de limosnas de los caritativos, son los más afortunados y felices, aun que no lleven más que un Kaupin.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO GENERAL

OBRA NUEVA É INTERESANTE

Monismo ó Advaitismo (no-dualismo) se titula la tercera obra publicada por nuestro sabio hermano el profesor de Sanscrito Manilal Dvivedi. Es la obra una clara y concienzuda exposición de la *Vedanta*, la filosofía subli-

me en la cual se han inspirado Hegel, Schopenhauer, Hartmann y otros sabios europeos, si bien el pesimismo de estas escuelas alemanas no existe en la fuente en que estos últimos han bebido sus ideas. Esta filosofía constituye la esencia del Brahmanismo y la escuela de donde proceden los Iniciados Brahmánicos mas eminentes. Como es natural, el Vendantismo y el Buddhismo coinciden tanto que el clero ortodoxo brahmánico llama á los Vedantinos *buddhistas dizfrazados*; y lo mismo mira á los Jaïnas, á cuya colectividad pertenecía Tir-Thankara, el Guru (Maestro) de Gautama-Buddha (1); lo cual es una corroboración de la existencia de una Sabiduría-Religión primitiva y universal.

Lo obra resulta difícil por los muchos términos sanscritos que la complican, pero como nosotros, á pesar de nuestra *civilización*, carecemos de palabras para muchas cosas, es muy conveniente familiarizarse con vocablos que muchas veces no tienen traducción.

---

(1) Véase: *Isis Unveiled*, vol. II, pág. 322.

¡Oh Brahmâ! ¿qué es este misterio que tiene lugar todas las noches?.... Cuando tendido en el lecho, con los ojos cerrados, se pierde el cuerpo de vista, y escapa el alma para entrar en conversación con los Pitris....¡Vela sobre ella, ó Brahma, cuando abandonando el cuerpo en reposo, va á cernerse sobre las aguas á vagar por la inmensidad de los cielos, y á penetrar en los rincones negros y misteriosos de los valles y de las grandes selvas de Himavat.

(Agrouchada Parikshai)

En la base misma de tu naturaleza hallarás la fé, la esperanza y el amor.

(Luz sobre el Sendero, (Light on the Path.).

La primera necesidad para obtener el propio conocimiento es llegar á la absoluta conciencia de la ignorancia; sentir con cada fibra del corazón que constantemente nos engañamos á nosotros mismos.

(Lucifer)